

Hacía mucho calor. La escuela ya había empezado, pero el verano no se iba. Elena y yo llegamos del colegio con mucha sed. Sin quitarnos las mochilas abrimos la nevera y jugamos a piedra, papel o tijera para ver quién bebía antes el agua fría. Elena sacó tijera, yo papel.

Dejamos las mochilas en la cocina y salimos al patio. Papá estaba en la tienda y mamá había atado un conejo grande bocabajo en la rama del olivo. Habíamos visto la jaula con el conejo por la mañana. Estaba pegado a los barrotes y asomaba el pelo oscuro, metí un dedo y al tocarlo empezó a temblar. Nos había dicho que ya lo habría matado para cuando volviéramos.

Había una manta a los pies del árbol y un cubo justo debajo del conejo. Mamá no nos había oído llegar. Nos quedamos quietas, yo fui a acercarme para hablar con ella, pero Elena me cogió del brazo y me paró.

—Nunca he visto cómo lo hace —dijo.

Mamá cogió el cuchillo y de una vez le hizo un corte al animal. La sangre negra empezó a gotear en el cubo. Mamá se giró y nos vio. Nos saludó con el cuchillo en la mano.

—¿Qué hacéis ahí? Venid a ayudar.

Elena pasó delante, yo dudé, pero luego comencé a andar.

—¿Está vivo? —preguntó Elena.

Me acerqué al conejo. Tenía los ojos entornados y la boca medio abierta. Le toqué una pata, estaba suave y caliente.

—Algo de vida le quedará —respondió mamá.

Me giré hacia mamá y Elena y dije:

—¿No ibas a matarlo antes de que llegáramos?

—No me ha dado tiempo. Ya sois mayores. Esta noche cenaremos un guiso.

—¡Qué rico! —dijo Elena.

—Yo no voy a comer eso —dije.

—Comerás lo que haya y si no, nada —dijo mamá.

—Pues nada.

—Muy bien.

Me fui a nuestra habitación. Mi hermana se quedó fuera con mamá. Las oía hablar, pero no entendí lo que decían.

Elena entró al dormitorio después de un rato. Yo estaba haciendo los deberes de matemáticas sentada en el suelo y apoyada en la cama. Se asomó a mi cuaderno.

—Esa cuenta está mal, no se hace así.

—Déjame, tú no eres la maestra.

—Ya, pero sé cómo se hace.

—Pues hazlo tú y deja que me copie.

—Sí, claro. Como siempre.

—Siempre no es así, mentirosa.

—Siempre no es así, mentirosa —me hizo burla.

Agarré el cuaderno y la empujé contra su cama antes de salir. Me fui a la tienda con papá. Cuando llegué Vicenta estaba allí. Hablaba de algo de un insecticida. Se interrumpió cuando me vio y dijo:

—¡Hombre! Pero mira quién está aquí. ¿Qué tal todo, Elenita?

—No soy Elena.

—¡Uy! No me digas, perdona hija, es que os parecéis como dos gotas de agua.

—¿Vienes a hacer los deberes? —me preguntó papá.

Asentí y me senté en el sitio de siempre, detrás del mostrador. Papá despachó a Vicenta y nos quedamos solos. Estaba atardeciendo y pronto cerraría.

—¿Qué ha hecho mamá de cenar?

—Conejo.

—¿Un guiso? Estupendo. —Miraba abajo, a las fichas de los que debían dinero.

—No voy a comer.

—¿Por qué no? Ya lo has comido otras veces.

Me encogí de hombros.

Cuando llegamos a casa la cena estaba en la mesa. Había tres platos de guiso y uno con una tortilla. Me senté delante

de ese y comimos sin decir nada más. Entonces Elena empezó a hablar:

—Hoy en la escuela nos han dicho que tenemos que hacer una redacción sobre qué queremos ser de mayores.

—¿Y qué quieres ser tú? —preguntó papá con la boca llena de salsa y de conejo.

—Maestra o veterinaria.

—Muy bien, algo útil —dijo mamá y giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué? —respondí.

—¿Tú no tienes que hacer la redacción?

—Sí.

—¿Y qué quieres ser de mayor?

—No lo sé. ¿A qué se dedica Vicenta?

—Está prejubilada —contestó papá.

—Ah, pues eso, eso quiero ser, prejubilada. Tiene mucho tiempo libre, ¿no?

Mamá y papá se miraron y después de un momento de silencio empezaron a reírse. Yo miré a Elena, que se había quedado con la cuchara llena de conejo a medio camino entre la boca y el plato y parecía no entender nada. Mi hermana se volvió hacia mí y empezamos también a reírnos, aunque ninguna sabía por qué. Como siempre que le daba un ataque de risa, mamá empezó a estornudar de vez en cuando. Cada vez que lo hacía papá reía más y más fuerte y eso provocaba que nosotras también siguiéramos riendo. Elena acabó echando el caldo del guiso por la nariz y entonces mamá tuvo que levantarse de la mesa e ir a la cocina para echarse agua en la cara. Las lágrimas se me resbalaban por las mejillas y me dolían la barriga y la cara de sonreír. Pensé que yo era graciosa y me sentí muy bien.

Al día siguiente Elena se encontró mal y no fue al colegio. Todos me preguntaron en el patio. «¿Dónde está Elena? ¿Qué le pasa? ¿Cuándo va a venir?», yo me encogí de hombros. Solo sabía que se sentía mal, aunque tenía el presentimiento de que había sido culpa del conejo.

—¿Tú no deberías sentirte mal también? —preguntó Luis.

—¿Por qué?

—¿No es una cosa de gemelas?

—No lo sé. Nací más tarde, a lo mejor me encuentro mal mañana —dije.

Miguel se vino con nosotros a comer el bocadillo. Yo me senté a su lado. Hizo unos chistes muy graciosos sobre el profesor de Historia. Cuando sonó el timbre para volver a clase me agarró del brazo y me paró. Noté cómo me quemaba la cara.

—Dile a tu hermana que se mejore y que venga mañana para jugar en el patio.

Asentí.

En casa no había nadie. Llamé a mamá y fui corriendo a nuestra habitación para buscar a Elena. Su cama estaba deshecha. La abuela me llamó.

—Tus padres se han ido con Elena.

—¿Qué le pasa?

—No se encuentra bien y tienen que hacerle unas pruebas. Agaché la cabeza y me senté en la cama.

—Seguro que no es nada, le mandarán algo y en unos días estará bien.

Cuando me fui a la cama aún no habían vuelto.

Al día siguiente Elena tampoco fue al colegio. Al despertarme le dije a mamá que me encontraba mal y que se me había pegado de Elena. Me miró seria.

—Eva, no eres una niña mentirosa. —Me acarició el pelo.

Por las noches Elena tosía y no me dejaba dormir. Mamá y papá decidieron poner su cama en la habitación de la música de papá. Los oí hablar de eso en el pasillo y fui a decírselo a Elena.

—Así al menos podrás dormir sin que te moleste.

—No me molestas. No quiero dormir sola.

—Puedes venir conmigo cuando mamá y papá se acuesten.

En el hueco que dejó la cama de Elena aparecieron una mesa baja, una radio, cintas de todo tipo y algunos trastos más que papá guardaba en esa habitación. La primera noche sola no pude dormir. Las cosas de papá formaban sombras raras en la pared y me daban miedo. Era como si se hubieran tragado a Elena y escupieran su sombra deforme en la

pared. La escuché toser al otro lado del pasillo. Descalza, me levanté de la cama y anduve hasta la nueva habitación de mi hermana. Tenía un ataque de tos. Me acerqué y le ofrecí el vaso de agua que tenía en la mesita. Bebió y se le pasó, después se destapó y me metí debajo de las sábanas con ella.

Unas semanas después las hojas marrones empezaron a escurrirse de los árboles. Solía hacer los deberes con Elena, pero ella se dormía entre ejercicio y ejercicio. Escuché el timbre y a mamá yendo hasta la puerta. Después se acercó a la sala donde estábamos:

—Elena, tienes visita.

A los pocos segundos aparecieron María, Luis y Miguel por la puerta. Elena se incorporó y tiró sin querer de uno de los cables que tenía en la nariz. Yo aparté el libro de la cama y me quedé sentada donde estaba. Los tres saludaron y ninguno dijo nada durante un rato.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel.

—Sí, solo cansada. Seguro que en unos días se me pasa.

—Ya hace mucho tiempo que no vienes —dijo Miguel.

—Ojalá no tener que ir a la escuela —dijo María.

—Ya ves, es un rollo, no hacen más que mandarnos tarea y más tarea —intervino Luis.

—Por lo menos podría ir para jugar en el patio —respondió Elena.

Volvió el silencio. Me levanté y salí de la habitación. Luis y María me siguieron hasta el patio para ver los animales. Cogí un conejo y se lo pasé a María, que quería tocarlo.

—¿Es verdad que tu hermana se está muriendo? —Acariciaba la cabeza del conejo.

—No.

—Pues todo el mundo lo dice.

—Así al menos nadie os confundiría todo el tiempo —dijo Luis riendo.

Estiré el brazo con el puño cerrado y lo estampé contra la nariz de Luis. Un hilo de sangre se le salió y le llegó a la boca. María soltó al conejo del susto y este salió corriendo y se perdió entre la hierba.

Mamá curó la nariz de Luis y después se fueron. Empezó a regañarme, pero le conté lo que me habían dicho y dejó

que me fuera sin castigo. Cuando iba a entrar a la habitación de Elena me topé de frente con Miguel. Estaba muy serio.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿No quieres quedarte a merendar?

—Es mejor que me vaya.

—Podemos ir a jugar con las gallinas. Es muy divertido perseguirlas.

—Deberías quedarte con Elena.

Tenía los ojos muy brillantes.

—Siempre estoy con ella —contesté.

No respondió. Pasó delante de mí y se dirigió a la puerta mientras se frotaba los ojos.

Entré a la habitación de Elena y la vi medio dormida. Le pellizqué el brazo para que se despertara. Abrió los ojos despacito.

—¿Qué le has dicho a Miguel?

—¿Qué? No le he dicho nada.

—Se ha ido corriendo sin decirme adiós.

—No sé, igual tenía prisa, Eva.

—Le has dicho algo malo mío.

—No es verdad. Solo me ha contado cosas del colegio.

—¿Y ahora es tu novio?

—No, no es mi novio.

—Ya, claro.

Salí dando un portazo.

Entré a la habitación de mamá y papá y cogí el rosario que colgaba de uno de los extremos del cabecero. Me fui al patio porque aún era de día y quería estar sola. Me arrodillé en la hierba y puse el rosario entre mis manos. Empecé a rezar para que Elena no volviera al colegio y así Miguel se olvidara de que yo tenía una hermana que se parecía mucho a mí.

© del texto: Silvia Panadero Amaro, 2026
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2026
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2026
ISBN: 978-84-19884-98-5
DL: L 46-2026
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.